

## **II Sección: Dos cuentos medievales y una reseña del Historiador Rafael Obregón L.**

### **UNA VIDA EN LOS DÍAS DE LOS SUI-TANG**

José Calderón Méndez

#### Resumen

“Una vida en los días de los Sui-Tang” es un cuento que gira alrededor de un personaje llamado Yinyüé, quien se desenvuelve en distintas situaciones de la China Medieval de la dinastía Sui y Tang y presenta varias facetas a lo largo de su vida. Esta narración pretende mostrar el modo de vida cotidiana de los distintos pobladores de la China Medieval. Pretende exponer por medio de situaciones ficticias basadas en hechos históricos, el sufrimiento, impotencia, molestia, anhelos y otros sentimientos humanos vividos por las clases más bajas de la sociedad estamentaria del Medievo chino, así como la búsqueda de la paz interior y equilibrio espiritual del individuo, en una sociedad cuya cotidianidad estaba determinada por la voluntad del imperio.

Palabras clave: China Medieval, Dinastía, Opresión, Revueltas, Arte

#### Abstract

“A Life in the Days of Sui-Tang” it is a story that revolves around a character called Yinyüé, who works in different situations of Medieval China of the Sui and Tang dynasty, and presents several facets throughout his life. This narrative pretends to show the lifestyle of the different inhabitants who lived on Medieval China. It also seeks to expose through fictitious situations based on historical facts: suffering, impotence, discomfort, and desires; and other human feelings experienced by the lowest classes of society of ancient Medieval China; as well as the search for inner peace and spiritual balance of the individual in a society in which everyday life was determined by the willing of the empire.

Keywords: Medieval China, Dynasty, Oppression, Riots, Art.

#### **Introducción:**

El periodo de la China Medieval que va del año 608 al 628, corresponde no solo al proceso de transición de la dinastía Sui a la Tang, sino que es en estos años en que China vive una serie de situaciones que marcarían profundamente su historia. Los últimos años de gobierno de la dinastía Sui, estarían caracterizados por una gran injusticia social. Los Sui no solo restablecerían el Feijin, a lo que Flora Botton define como “la versión china del feudalismo”, sino que también impondrían fuertes y exageradas cargas tributarias a los campesinos, lo que casi siempre terminaba en el despojo de sus tierras. Por otra parte, el imperio exigía la prestación de servicios militares y de construcción a la población, que terminaba convirtiéndose en mano de obra gratuita para los ambiciosos proyectos del imperio como el de la reconstrucción del Gran Canal que uniría el sur y el norte de China y que cobraría la vida de miles de personas en su proceso. Todas estas situaciones generarían en los sectores más pobres un disgusto que desembocaría en una serie de revueltas y sangrientos enfrentamientos en los que no solo participarían los campesinos, sino que posteriormente lo haría la aristocracia china, y que culminaría con la caída de la dinastía Sui.

Con la caída de la dinastía Sui y el establecimiento de los Tang en el poder, China vería una serie de cambios y avances que harían que se conociera éste periodo como la época dorada de la China Medieval. Los Tang restablecerían el ch'un,t'ien o distribución por igual de la tierra, devolviendo al campesino las propiedades que les habían sido quitadas en tiempos de los Sui, además dio la libertad al campesinado de vender sus tierras si estos así lo deseasen . Pero uno de los aspectos más importantes que se daría durante la dinastía Tang, fue el florecimiento de las artes. La poesía, la pintura y la música serian impulsadas por el imperio, dando así la oportunidad no solo de que nacieran nuevas formas y tendencias artísticas, sino que se formara una nueva clase social integrada por artistas que en muchas ocasiones además de aprovechar las expresiones del arte para manifestar su descontento con el imperio, encontrarían en ellas la oportunidad de lograr una limitada escalada social y obtener una vida más digna.

Detrás de todos estos datos históricos, existió una realidad vivida por hombres y mujeres que sufrirían los embates de una dura cotidianidad que fue el escenario de sus angustias, odios, venganzas, romances, y paciones. Todos estos sentimientos generarían en algunos, el deseo y la necesidad de buscar y perseguir un ideal, sin importar si esta búsqueda les costara su propia vida.

## **Capítulo I. Bajo el lodo de los Sui.**

*Si eres paciente en un momento de ira, escaparás a cien días de tristeza.*

*Antiguo proverbio chino*

Corría la primavera del año 608 en la China medieval de los Sui, y el joven Yinyüé recién cumplía los quince años, sin embargo su contextura física lo hacía aparentar más edad. Sumergido hasta los muslos de un espeso lodo y con un frío insoportable en sus pies, de vez en cuando suspendía por un segundo su labor de recolección de arroz, y rectificaba su espalda adolorida, al mismo tiempo fascinado y con un gesto de admiración veía a su padre que con gran fortaleza trabajaba sin parar, muy pocas veces lo veía quejarse o ni siquiera detener su labor por un momento. Aprovechando ese segundo de descanso para su espalda, Yinyüé también admiraba el campo de cultivo inundado y repleto de arroz de su padre, eran aproximadamente cuarenta mou de tierra que su padre Kuáisú había heredado de su abuelo mediante la distribución por igual de la tierra o “ch’ün.t’ien” implementado en tiempos de la dinastía Han. El joven Yinyüé veía el pequeño campo y sabía que esta iba a ser una buena cosecha, sin embargo también sabía que muy poco de las ganancias que sacaran de la recolección les pertenecían, ya que como cualquier campesino debían pagar el tributo al recién nombrado emperador Yang Kuang quien cada vez se volvía más y más exigente en sus impuestos lo cual enojaba y entristecía a su padre que aunque este no dijera nada al respecto muchas veces le era imposible ocultarlo. El joven campesino se

percató que su padre lo miraba con un gesto de impaciencia y volvió en sí, e inicio nuevamente su dura labor hasta el atardecer.

Yinyüé era un joven campesino de una pequeña aldea llamada Shíké entre la ciudad de Luoyang y la imponente Chang'an. Él vivía con su padre Kuáisú, su madre había muerto en el parto, por lo que su crianza fue labor de su padre, ayudado en muchas ocasiones por Díyá su hermana. Yinyüé era un joven sumamente listo y tenía algo especial que lo diferenciaba del resto de los jóvenes de su aldea, era músico, su padre le había enseñado a interpretar el erhu, lo cual hacia prodigiosamente, hasta el punto de haber superado ya a su maestro.

Un día que aparentaba ser como todos, la tranquilidad de la pequeña aldea fue irrumpida por los soldados del imperio quienes traían un mensaje del emperador Yang Kuang, un soldado se paró en el centro del pequeño caserío y comenzó a exclamar - todo joven mayor de dieciséis años y menor de veinte tendrá que prestar sus servicios en el sur para la reconstrucción del Gran Canal. Al escuchar esto todas las familias comenzaron a presentarse ante los soldados, algunos jóvenes ya llevaban listas sus pertenencias para partir.

La tristeza era evidente en todos, sin embargo nadie opuso resistencia, ni siquiera trataron de ocultarse, sabían por la experiencia de otras aldeas, las terribles consecuencias de oponerse al mandato del emperador.

Un soldado entro en la casa de Yinyüé y le dijo a su padre -¿por qué este joven no se ha presentado para partir?- Kuáisú le contesto- es que el no cumple todavía los catorce- el soldado con un gesto de cólera le responde- no trates de engañarme anciano, y aunque no tenga la edad necesaria si tiene el cuerpo necesario para la labor- y dirigiéndose a Yinyüé le dice- alista solo lo indispensable para el viaje pronto partirás.

Kuáisú tomo por los hombros a su hijo y con un brillo de tristeza en sus ojos que era difuminado por unas lágrimas que asomaban vidriosas le dijo – no temas Yinyüé, todo va a estar bien. Sin embargo muy en el fondo sabía que esto que acababa de decir no era cierto, sabía que muchas eran las personas que morían en la reconstrucción del Canal Imperial, que había sido construido durante la dinastía Han y que el emperador Yang Kuang, se había propuesto a no solo

reconstruirlo sino que extenderlo hasta las ciudades más alejadas del sur como Yangzhou y Hangzhou.

La despedida fue corta y poco afectiva como era característico en las familias chinas de la época, sin que esto significase que ambos no sintieran incrustado en el pecho un terrible sentimiento de tristeza, sabían que el otro era lo único que tenían en este mundo, y que lo estaban perdiendo en un día que aparentaba ser como todos y que resultó ser el último en que se verían.

Yinyüé partió ese mismo día hacia la capital del imperio, Ch'ang-an, era la primera vez que salía de su pequeña aldea de Shíké, allí pasaría la noche en una especie de campamentos improvisados en las afueras de la ciudad. La mañana siguiente partirían junto a otra gran cantidad de personas de otras aldeas que al igual que él, serian obligados a trabajar en el canal que buscaba comunicar las ciudades y pueblos del sur con el centro y norte del imperio.

Yinyüé camino si dirigir una sola palabra a nadie, estaba bastante afligido y asustado para querer entablar una conversación con algún extraño, hasta que alguien le toco el hombro, Yinyüé levanto su cabeza y pudo observar a su amigo Háoyú quien había corrido con la misma suerte. Yinyüé y Háoyú caminaron por las empedradas calles de las llanuras septentrionales chinas durante dos días. – Que suerte- pensaba Yinyüé- ya no tendré que soportar esto solo, ahora por lo menos tengo a alguien conocido -. Sin embargo esta unión no duro mucho. Al llegar al norte de Yangzhou los hombres fueron divididos en cuadrillas para trabajar en distintos segmentos del canal y los dos amigos fueron separados, la cuadrilla de trabajadores de Háoyú fue un poco más al sur mientras, que Yinyüé se quedaría trabajando en el lugar a donde llegaron inicialmente.

Inmediatamente iniciaría las duras labores de construcción del ambicioso proyecto del emperador, su trabajo era extremadamente duro y agobiante, junto a otro gran número de hombres tenía que abrir y crear una serie de enormes canales artificiales que conectaban varios ríos y que poco a poco iban dando forma al Gran Canal o Canal Imperial. Sumergido hasta los muslos de un espeso lodo y con un frio insoportable en sus pies. De vez en cuando suspendía por un segundo su labor, y rectificaba su espalda adolorida, pero ya no veía a su

trabajador padre sino que veía a sus cansados y casi moribundos compañeros de faena, ya no aprovechaba para ver el campo de arroz de cuarenta mou, sino más bien una infinita extensión de tierra que aún faltaba por trabajar. Un sentimiento de nostalgia se apoderaba de él, echaba enormemente de menos a su aldea, a su trabajo, a su padre,- ¿que estará pasando allá?- se preguntaba.

De vez en cuando el filo de su herramienta o la de algún otro hombre rosaba contra una dura roca produciendo una leve nota imperceptible para los demás, pero no para Yinyüé, que aunque lejos de sonar igual a las notas producidas por un erhu, éste viajaba hasta su memoria produciéndole unas ganas enormes de volver a rozar las cuerdas de seda de su instrumento. Paso más de un año, y un día la cuadrilla de Yinyüé, alcanzo a la rezagada cuadrilla de su amigo Háoyú, el cual no vio por ningún lado, -disculpe honorable señor, me preguntaba si usted no conoce a un sujeto llamado Háoyú, que estaba en este grupo de trabajo- pregunto Yinyüé a un tipo alto y delgado. El hombre miro a Yinyüé de pies a cabeza con un gesto de desconfianza y le contesto,- yo no conozco por quien preguntas, varios grupos de hombres han sido unidos aquí, pero... ¡Yin!- grito bruscamente el hombre sin perder de vista al joven,- él estaba aquí desde antes, él te podrá decirle dijo a Yinyüé, ya en un tono más aceptable,- este chico pregunta por un... ¿Cómo dices que se llama tu amigo?- se llama Háoyú- responde dirigiéndose al segundo hombre-. Ha sí, lo recuerdo, el murió hace dos o tres meses aproximadamente, no soportó el trabajo, esto no es lugar para débiles ¿sabes?- dijo el segundo hombre. La noticia entristeció profundamente a Yinyüé, que con angustia, desesperanza y coraje secó sus lágrimas por varios días. Sin embargo con el paso del tiempo un rumor que circulaba entre los hombres de la cuadrilla lo alegró y animó. Entre los trabajadores se decía que pronto llegarían a un rio cercano a la ciudad de Yangzhou, con la cual se finalizaría el anhelo del emperador Yang Kuang de unir los territorios del sur con el centro y norte del imperio gracias a las márgenes del Yangtsé y a las vidas de miles de trabajadores chinos que perecieron en la construcción del canal. Los rumores eran ciertos y pronto terminarían los trabajos en el canal. Los trabajadores que sobrevivieron a la dura faena y que habían cumplido con su prestación de servicios al imperio

volverían a sus hogares y retomarían sus vidas normales, este era el caso de Yinyüé, quien pronto iniciaría su regreso junto a unos pocos jóvenes sobrevivientes de m la pequeña aldea de Shíké.

Yinyüé le echó un último vistazo a los campos inundados por los afluentes del Gran Río Amarillo que nutria el Gran Canal, y en donde había dejado sus fuerzas por dos años. Miró sus manos que estaban cubiertas de una gruesa capa de barro seco.-Todos estos años he estado cubierto de lodo ya sea en el campo con mi padre, o trabajando en este maldito canal- se dijo Yinyüé. Luego miro a sus compañeros que al igual que él se encontraban pálidos, delgados y cubiertos de lodo. –somos como insectos, insectos que viven “bajo el lodo de los Sui”, pensó mientras se le escapaba una sonrisa que plasmaba una mezcla de molestia y de ironía.

## **Capítulo II. Bajo el fuego de las revueltas.**

*Una simple chispa puede iniciar un fuego que arrase la pradera.*

*Antiguo proverbio chino*

Dos años habían pasado desde esa mañana en que los soldados imperiales habían llegado al pueblo y lo habían separado de su aldea, de su padre y su música, en el camino de regreso Yinyüé se preguntaba como estarían todos, que tanto había cambiado la aldea, cuanto había envejecido su padre. Sentía un profundo deseo de volver a tocar su instrumento el erhu, no anhelaba más que ver a su padre y tocar su instrumento, las dos cosas más importantes en su vida.

Cuando Yinyüé llegó a su aldea noto que esta no había cambiado mucho, la calle empedrada, las grandes extensiones de cultivo de arroz, pertenecientes a los campesinos que pagaban tributo al emperador, ese mismo emperador que lo había obligado a trabajar en contra de su voluntad. Al llegar noto algunas caras nuevas otras conocidas, pero quizás, él ya era irreconocible para muchos. Algunas

jóvenes se escondían tímidamente, al paso de los hombres, esto a Yinyüé no le importaba. Nunca le había interesado ninguna de las jóvenes de su aldea, y menos ahora que en lo único en que pensaba era en su padre y su música. Los jóvenes mantenían su paso, como un ejército de mendigos, descuidados, sucios y enflaquecidos. Una madre salió al encuentro de su hijo y al verlo le dijo- hijo mío, con qué suerte has corrido que el destino te trae en estas condiciones- calla madre- le responde su hijo- no vayas a ofender a los dioses, por el contrario agradece, y ten en cuenta que con peor suerte han corrido otros, que sus madres no podrán ver jamás.

Al encuentro de Yinyüé salió su tía Díyá quien fue comunicada de la presencia de los jóvenes por una aldeana. Díyá lo recibió cuando Yinyüé iba llegando a su casa, -Yinyüé, que alegría ver que te encuentras bien- dijo su tía,- lo mismo digo- respondió él, -ahora mismo me dirijo a ver a mi padre-, su tía lo miro un poco afligida, - allí no lo encontraras- ¿acaso está en el campo en este momento?- pregunto, -no Yinyüé, tu padre murió hace un año- ¿pero cómo? ¿Y quién se ha hecho cargo de sus tierras?, -pregunto muy exaltado.- su tía Díyá respiro profundo lo miro fijamente y le relato: -poco después de que te marchaste, tu padre no pudo solo con su cosecha lo que le ocasiono perdidas, al no cumplir con el impuesto imperial sus tierras le fueron quitadas por la jun o encomienda local, y entregadas a un alto funcionario, a un magistrado, para quien comenzó a trabajar como jornalero. Aquí todos dicen que murió de cansancio por el pesado trabajo impuesto, pero yo creo que murió de tristeza de tristeza.- Yinyüé la miro con los ojos llenos de lágrimas, pero sin ningún gesto de quebranto, como si todo lo vivido durante estos dos años le hubiesen endurecido el corazón- mira Yinyüé,- continuo su tía- yo tengo todo arreglado, vivirás con mi familia y trabajarás como jornalero para una familia rica que vive en las afueras de la aldea, en estos momentos el imperio está en guerra con las gentes del este y el norte, y cualquiera que no tenga ocupación o que no esté generando ganancias al imperio será llamado a combatir.- Yinyüé se secó las lágrimas con su antebrazo y con una mirada fría únicamente le pregunto,- ¿dónde está mi erhu?- yo lo tengo, tu padre me lo encomendó, y me dijo, -cuídalo bien, entrégaselo a Yinyüé y dile que por nada del

mundo lo abandone, porque el gusto por el arte es lo único que no nos pueden quitar.

Yinyüé tardó un poco en aceptar todo lo que había pasado y comenzó a acumular un profundo rencor por todas estas gentes ricas, por los funcionarios reales, por los soldados y principalmente por el emperador, aquella persona que ni siquiera conocía y que le había generado tanto daño, aquel que ni siquiera sabía de su existencia, y aun así lo había humillado y le había quitado casi todo. Por dos años Yinyüé trabajó para esas gentes ricas, el grado de explotación, los maltratos y las injusticias eran casi las mismas que las que había sufrido en el canal, la única diferencia era que ahora tenía su música, la única herencia de su padre, y que todavía no le habían podido quitar. Algunas veces en las noches, antes de tocarlo, miraba su erhu fijamente por horas como si fuese un tesoro, sin sospechar que ese instrumento le iba a cambiar y a determinar la vida.

Entraba el año 612 y una serie de movimientos anti imperialistas estaban surgiendo en diferentes partes, Yinyüé había escuchado hablar de revueltas en el norte y en el este, y de unas gentes que se estaban reuniendo en aldeas cercanas para revelarse en contra del imperio y su déspota monarca, pero no creía mucho esos comentarios. Un día estaba sumergido en el lodo del campo inundado, estaba cosechando arroz, producto que no le pertenecía y del cual no veía nada de la ganancia. Se levantó como de costumbre para aliviar su espalda, y a lo lejos observó dos hombres que venían hacia él. Los hombres se acercaron y después de saludarlo lo invitaron a participar de una de estas reuniones clandestinas. Yinyüé se quitó su sombrero, los miró, limpió el sudor de su frente y les dijo. - ¿Qué ganaría yo asistiendo a estas reuniones? Uno de los hombres le respondió – no seas tonto muchacho, ¿acaso quieres seguir entregándole tus fuerzas a estos ricos mal agradecidos? El otro hombre interrumpió al primero y dijo: -mira, ya es hora de cambiar el lodo por el fuego, y las herramientas por las armas.

Los hombres se alejaron y Yinyüé meditó largo rato lo que los hombres le habían dicho, y al final decidió ir.

Estas reuniones se comenzaron a llevar a cabo en distintas viviendas de la aldea, asistían principalmente campesinos, artesanos y albañiles, solo los pobres,

los ricos no se interesaban. Yinyüé rápidamente se identificó con la causa ya que al igual que todos estaba harto de los abusos del imperio, y se comprometió a combatir en caso de ser necesario. Pasaron tres años y las revueltas en las otras regiones se intensificaban, el imperio que estaba herido por las derrotas en Corea y Vietnam, y cada vez se volvía menos capaz de sostener las revueltas internas. Por fin un día una serie de incidentes hicieron estallar las revueltas en las regiones céntricas del imperio y en la capital. Yinyüé junto a miles de hombres combatieron durante dos largos años, sin embargo no veían el fruto de su esfuerzo, muchos ya se estaban rindiendo, y a pesar de que Yinyüé no era uno de ellos, ya que había encontrado en el combate, un medio de canalizar el odio acumulado en contra del imperio, la moral de los rebeldes estaba cayendo, ya no existían recursos para seguir combatiendo y la revuelta en contra de los Sui estaba destinada a fracasar. Sin embargo un día se realizó una de las habituales reuniones, pero resulto ser distinta, Yinyüé noto caras nuevas dentro de las personas presentes, además estos hombres extraños estaban muy bien vestidos con finas sedas y olorosos perfumes, -esto me parece extraño- se dijo a sí mismo- que están haciendo estos hombres tan refinados entre gente tan pobre.- no se había percatado que estaba en presencia de un grupo numeroso de hombres ricos, de aristócratas, entre ellos uno llamado Li Yuan quien aspiraba al puesto de emperador, este les prometió, tierras, estabilidad, y paz si seguían combatiendo, además prometió financiar la revuelta en contra de los Sui. Li Yuan pertenecía a un grupo de importantes aristócratas que habían sido amenazados y obligados por el emperador a pagar un enorme tributo para financiar la guerra del imperio, un error que le costaría caro. Yinyüé y los demás tomaron nuevos aires, ya no estaban solos estaban acompañados por los poderosa aristocracia china. La balanza de la guerra civil poco a poco se comenzó a inclinar de lado de los rebeldes.

Yinyüé y los otros combatieron durante dos años más, muchas veces este salió gravemente herido, pero apenas estaba recuperado se volvía a incorporar a la batalla, lo único en lo que pensaba era en la venganza en contra del imperio, de hecho tenía la obsesionada idea de poder acecinar el mismo con sus propias manos al emperador Yang Kuang.

Para el año 617 Yinyüé cumplía los veinticuatro años e ingresaba por segunda vez a la ciudad de Ch'ang-an, capital del imperio. Nueve años habían pasado desde aquella ocasión en que siendo tan solo un joven fue llevado por los soldados a esta ciudad para después servir al emperador. Sin embargo esta vez era distinto, ya era todo un hombre, y entraba en la ciudad para tomarla, esta vez no serviría al emperador, sino que trataría de acecinarlo. La ciudad fue tomada por los rebeldes y el emperador huyó despavorido sin que Yinyüé ni nadie tuviese la oportunidad de acabar con su vida. Las luchas continuaron por un año más. Yinyue participó en sangrientas batallas contra los defensores de la dinastía Sui. Asesinó personas, y estuvo a punto de morir en varias ocasiones. Sin embargo le bastaba solo el recuerdo de los maltratos sufridos en el canal y la muerte de su padre para que cualquier rastro de remordimiento o miedo se extinguiera. Las batallas continuaron en varias regiones de la China Medieval, hasta que Yang Kuang fue asesinado y el imperio Sui se desplomó para siempre. Aquel imperio que lo había humillado, lo había obligado a trabajar sin parar, le había quitado la tierra y la vida a su padre y a otros miles de hombres como a su amigo Háoyú, había sucumbido ante los furiosos campesinos. Cualquier rastro del poderío de la dinastía Sui había sido extinto por la pasión y sed de venganza que se generó “bajo el fuego de las revueltas”.

### **Capítulo III. Bajo la melodía del erhu.**

*Nada sienta mejor al cuerpo que el crecimiento del espíritu.*

Por fin las luchas habían acabado, todo volvía a la normalidad en la pequeña aldea de Shíké. Los altos funcionarios de la antigua dinastía Sui, dueños de gran parte de los cultivos de arroz de las aldeas, habían sido despojados de sus tierras y estas habían sido repartidas entre todos los hombres a quienes el imperio les había privado de sus propiedades, entre estos Yinyüé. La paz había vuelto a la aldea, pero no así al corazón de Yinyüé, quien no se sentía tranquilo. Trabajó sus tierras por más de un año pero esto no le generaba ninguna satisfacción. Un día meditando y recordando todo por lo que había pasado en los últimos años, se dio cuenta de que su corazón todavía estaba herido, su espíritu no estaba en paz. Se dio cuenta que el haber trabajado en el Gran Canal, el haber perdido a su amigo, a su padre, a sus tierras, el haber estado sumido en un ambiente de violencia todos estos años, le habían endurecido el corazón. Había descuidado a su preciada música, había abandonado su instrumento sin hacer caso a la advertencia de su padre. Yinyüé quería volver a estar en comunión con su espíritu. Un día en tal meditación se dio cuenta que la única manera de conciliarse consigo mismo y traer nuevamente la paz a su corazón era abandonando todo lo que le recordaba el sufrimiento que había arrastrado por tantos años.

Muy decidido Yinyüé vendió las tierras que había recuperado, y con lo que se ganó se alejó por segunda vez de su aldea, pero esta vez para no regresar. Tomó sus cosas y se marchó hacia la ciudad de Ch`ang-an, allí viviría únicamente para interpretar su preciada música. Yinyüé pronto llegaría a las puertas de la ciudad, y pronto se dio cuenta que la situación de los ciudadanos no había cambiado mucho. Camino entre los arrabales a las afueras de la ciudad que eran conocidos como kuos y vio una gran pobreza. Esto molestaba a Yinyüé,- ¿acaso tanta lucha fue en vano?- se decía entre dientes. Al entrar entre los muros llegó a la zona de distritos del imperio que se conocían como fang.

Al llegar a la ciudad Yinyüé comenzó a observar cada rincón. Ya había estado allí en otras ocasiones pero por las circunstancias no había tenido la oportunidad de capturar detalle de casi nada, únicamente había podido observar unos aposentos

de gente de la que se veía eran apreciadores del arte, a estas gentes era a quien buscaba. Yinyüé continuo caminando, recordaba que cerca del centro de la ciudad a las afueras de la zona de palacios imperiales y después de pasar por los mercados en donde se vendían seda, especias, maderas preciosas y plumas de alción que era un producto importante para la moda de la moda femenina, se encontraban unos hermosos jardines, que según le habían comentado hace algunos años en los tiempo de revueltas, eran dedicados a la meditación y el arte, recordaba que quien le había dado esa información termino su afirmación diciendo -esos malditos se la pasan perdiendo el tiempo en tonterías, mientras uno trabaja como un búfalo- Yinyüé recuerda también que al oír esto asintió con la cabeza hipócritamente, porque él desde niño vivió fascinado por el mundo del arte y la meditación, tal vez por eso nunca tuvo muchos amigos en su aldea, tenía intereses distintos a los otros niños.

Yinyüé llevo a los jardines que le parecían más hermosos de lo que los recordaba, aunque según algunos estos no se comparaban a los jardines de palacio. El joven músico busco un lugar donde sentarse, se postro, saco el erhu, lo miro por un rato como era costumbre en él, y comenzó a tocarlo hermosamente.

Yinyüé toco una larga melodía que le había enseñado su padre. Se sintió a gusto como hace mucho no lo hacía, cuando Yinyüé acabó de interpretar su canción volvió en sí, abrió sus ojos y noto una sombra proyectada en el piso que no estaba antes de que el empezara a tocar. Levantó su mirada y ante él estaba un hombre ya maduro, se le notaba por algunas pintas blancas en su largo bigote. El hombre le dijo –tocas muy bien el erhu para ser un aldeano- inmediatamente Yinyüé se percató que sus ropas lo delataban. Charlaron largamente de música y arte y el hombre lo invito a acompañarle a una especie de aposento donde se reunían muchas clases de artistas, músicos, poetas y pintores. Yinyüé no esperaba entrar a este círculo social tan pronto,- aquí si aprecian el arte- pensó.

Yinyüé comenzó a frecuentar estos clubes de artistas, a pesar de que la mayoría de sus integrantes eran aristócratas y provenían de familias ricas, su afición al arte hacia que Yinyüé no se sintiera excluido, por el contrario muchos admiraban la habilidad con que interpretaba el instrumento.

En estos lugares de reunión artístico Yinyüé participaba gustosamente de las ch`ing-tán o conversaciones puras, que eran conversaciones cuyo tema principal era la disconformidad social, Yinyüé admiraba la valentía de los poetas que declamaban abiertamente en contra del imperio sin ningún miedo a alguna represaría, en cuanto a eso a pesar de considerarse el también un artista, sentía que la música lo protegía, porque esta no era tan explícita y cada quien interpretaba sus melodías como quisiera aunque esta fuese una crítica al imperio.

Al estar en este club artístico, al escuchar a sus amigos poetas declamar en contra del emperador y al participar en las conversaciones puras, venían a su mente aquellas historias que su padre le contaba cuando niño, acerca del club de los siete genios del bosquecillo de bambú, que era un club artístico del siglo III. Su padre le contaba que en este antiguo club, los músicos, pintores y poetas se reunían en los aposentos de uno de sus integrantes, el grandioso y talentoso Hsi Káng, un músico prodigioso y un magnifico poeta. Su padre decía que Hsi Káng cada vez afilo más sus versos con la pasión revolucionaria, hasta que un día él y su círculo de artistas se involucraron en un disturbio político y fueron ejecutados tras ser acusados de rebeldes. Yinyüé se sintió identificado con el personaje de Hsi Káng en los tiempos de revueltas, pero ahora a pesar de que aún lo admiraba, lo único que buscaba era paz y no guerra, disfrutaba de las críticas al imperio pero no se quería ver envuelto otra vez en un conflicto. Yinyüé no quería volver a faltar a la orden de su padre de no abandonar el instrumento, además no hace mucho tiempo había comprendido el refrán que su anciano padre siempre pronunciaba: “el hierro bueno no se utiliza para clavos, y los hombres buenos no se hacen soldados.” Yinyüé se había jurado a sí mismo nunca más cambiar su instrumento por un arma, o el arte por la guerra, aunque su vida de ello dependiera.

Otra de las actividades que Yinyüé comenzó a realizar con demasiada frecuencia en estos clubes artísticos fue el consumo de vino. Entre los artistas existía la creencia que el estado y los efectos que producía el vino servía enormemente para despertar en el corazón del artista la inspiración y la creatividad para sus obras. Yinyüé y sus compañeros músicos se embriagaban con vino con la esperanza de poder experimentar la unión mística con el tao de la naturaleza. Sin

embargo Yinyüé sabía que muy en el fondo eso era solo una excusa para consumir vino hasta caer ebrios, el mismo estaba consciente que los días que más consumía y embriagaba eran los días en los que su espíritu volvía a ser atormentado por los tristes recuerdos de su pasado, cuando llegaba el momento de conmemorar la muerte de su padre o cuando recordaba aquellos días en el Gran Canal y de sus amigos caídos en su construcción, o cuando su memoria era invadida por imágenes de la revuelta en contra de los Sui. En esos días se embriagaba con la excusa de buscar inspiración, pero en realidad lo único que buscaba era olvidar borrar esos recuerdos que alteraban la paz de su espíritu.

También comenzó a frecuentar prostitutas. Los otros artistas le decían que un verdadero artista no podía estar atado a nada ni a nadie, pero que de alguna manera debía de aliviar sus penas y necesidades masculinas. Yinyüé comprendió que la vida de un artista en la ciudad estaba colmada de vicios y excesos. Esto le generaba una mayor intranquilidad a sus espíritu, lo que hizo que se alejara cada vez mas de esos clubes artísticos. Un día mientras meditaba de su vida, observó a un dragón volador (una libélula) sobre un pozo de agua. Observo detenidamente su vuelo, y noto que el dragón volador se quedaba suspendido en el aire por algunos segundos, como si supiera exactamente donde se encontraba y hacia donde iba, luego volaba veloz pero torpemente como si fuese el viento quien determinara su camino. Yinyüé sintió que su vida había sido como el vuelo del dragón volador, algunas veces sabía exactamente donde estaba y hacia donde iba, mientras que en otras ocasiones el rumbo de su vida no era determinado por el mismo, sino que volaba a voluntad del viento del imperio. –quizás es mi destino. Pensó- ser como un dragón volador en esta vida y en la otra, nada más esperando una nueva corriente de viento que me lleve hacia el siguiente lugar. Por ahora no me importa a donde me lleve el destino. –Se dijo Yinyüé.- siempre y cuando ese destino lleve su rumbo guiado “bajo la melodía del erhu”

#### **Capítulo IV. Bajo el palacio de los Tang.**

*Afortunado el que vive tiempos interesantes.*

Pasaron los años eran los tiempos del emperador Li Shih-Min de los Tang, hijo de Li Yüan fundador de la dinastía. Para esos años ya Yinyüé era un hombre maduro de treinta y tres años, que seguía frecuentando, ahora de manera menos frecuente los círculos de artistas. Lo que si frecuentaba a menudo eran los jardines públicos en donde interpretaba majestuosamente el erhu. Había ganado cierta fama entre los artistas de la ciudad de Ch`ang-an y muchas personas se reunían en los jardines para escucharlo. Sin embargo a pesar de esa fama la situación de Yinyüé era un poco precaria, apenas si podía vivir con las ayudas que casi eran limosnas de sus compañeros artistas ricos. Un sentimiento de desilusión invadía a Yinyüé, ya que comprendía que si no hacía algo al respecto tendría que volver a su aldea y trabajar como jornalero para algún hombre rico dueño de tierras agrícolas, quien lo explotaría hasta exprimir la última de sus fuerzas.

Cierto día Yinyüé tocaba en el jardín público como de costumbre, no había concluido la primera canción cuando fue interrumpido por una voz que le decía con un fuerte aire de autoritarismo y arrogancia – oye tú, músico, detente en este instante y acompáñame- Yinyüé se detuvo inmediatamente y alzo la mirada, era un hombre de baja estatura, vestido finamente con hermosas sedas y costuras elegantes, estaba acompañado de unas cuatro guardias imperiales. Yinyüé lo miro fijamente y le respondió – ¿que querría de un simple músico, un tan honorable señor? – ¿acaso eres un músico sordo? ¿No escuchaste que te ordene que te levantas y me acompañaras?- respondió impaciente el hombre. Yinyüé se levantó y acompañó al hombre y a los soldados. En el camino se preguntaba que delito había cometido para ser llamado y escoltado por guardias imperiales.- ¿acaso habrá sido por mis canciones? –Se preguntaba, -no, no puede ser, yo trato de ser cuidadoso con lo que interpreto en público. ¿Acaso será por las ch`ing-tán o conversaciones puras?, pero esto sería posible solo si alguien me hubiese delatado y la lealtad de los artistas es incuestionable.

Yinyüé entro a palacio con los hombres, la ansiedad lo estaba torturando. Llegaron ante un hombre viejo y desalineado pero al igual que el primero vestía finos

ropajes. – ¿con que este el hombre del que tanto hablas? -Le dijo el viejo al hombre de pequeña estatura. –Sí señor, este es,- le respondió. –Estás aquí por tu música- dijo el hombre dirigiéndose a Yinyüé. Al decir esto Yinyüé sintió que su cuerpo se paralizó de pies a cabeza. –Me han comentado que eres un músico prodigioso y quiero comprobarlo por mí mismo- continuo el hombre. Yinyüé comprendió de inmediato de que se trataba, respiró profundamente y le respondió ya más tranquilo: -me honran esas palabras, pero con todo respeto mi señor, creo que se han equivocado de hombre, yo solo soy un simple músico, hijo de campesinos, y mis melodías no son dignas de tantos halagos. –pues esto está por verse. –Respondió el hombre.- interpreta una canción para mí. Yinyüé los miró dudoso y le dijo – Entonces interpretaré la misma canción que estaba tocando cuando fui interrumpido, ya que no me gusta dejar una canción inconclusa, porque las canciones también tienen alma y también pueden llegar a ofenderse.

Después de que aquel hombre que era el encargado del entretenimiento musical, de palacio, escucho a Yinyüé quedo sorprendido con la habilidad con que este interpretaba el erhu. Y le dijo que él era digno de tocar las daqu que eran piezas largas y formales de la dinastía Tang. Yinyüé fue incluido entre los músicos de la corte como un músico de pie, que consistía en uno de los dos modos de música cortesana, la cual se interpretaba al aire libre por orquestas de entre sesenta y ciento ochenta músicos. Yinyüé, a pesar de estar en contra del modo de vida de la corte, vio en esta oportunidad la posibilidad de vivir de la música y no tener que faltar a la orden de su padre de no abandonar el instrumento ni la música.

Yinyüé comenzó a tocar para las actividades del emperador. En una de estas actividades fue cuando Yinyüé pudo ver de cerca al joven emperador, el cual inmediatamente le hizo recordar al padre de este, con quien se había reunido más de una vez en los tiempos de revuelta contra los Sui. Gracias a la habilidad de Yinyüé para interpretar el erhu, y a la pasión con que ejecutaba las melodías, el mismo hombre que lo había escuchado por primera vez en palacio, notó que este joven músico sobresalía de entre los demás y decidió colocarlo entre los músicos sentados, el máximo cargo que un músico en todo el imperio podía ocupar, que

era el otro modo de música cortesana, que era música de cámara interpretada por entre tres y doce de los mejores músicos de palacio.

Fue así como Yinyüé pudo entrar a palacio, pudo notar que en palacio la vida estaba llena de lujos y excesos como se había imaginado, pero casi todo de lo que había o se hacía en palacio estaba restringido para él, ya que a pesar de ahora ser uno de los mejores músicos de palacio y vestir finas ropas, para la corte no era más que un simple músico de palacio, y únicamente era parte del entrenamiento.

Además su origen humilde y campesino, no lo dejaban aspirar a ningún otro cargo imperial, había alcanzado su máxima escalada social, pero esto a Yinyüé no le importaba, no le interesaba pertenecer a la corte, prefería seguir siendo un simple músico amante de lo que hacía, que un poderoso eunuco triste y malhumorado.

Un día como todos, Yinyüé y otros dos músicos fueron llevados a un salón privado, para que interpretaran música para el emperador. Cuando Yinyüé entro vio un salón enorme y lujoso lleno de mujeres hermosas que acompañaban al emperador. Eran las concubinas del emperador, Yinyüé logro contar al menos veinte doncellas, y en su disimulado conteo una capturo su atención. Era una hermosa mujer, de ojos negros muy profundos, y largos cabellos.

Yinyüé, volvió en sí, no podía permitir distraerse de sus melodías, sin embargo le fue sumamente difícil dejar de observar disimuladamente a la hermosa mujer. Pronto el emperador ordeno que abandonaran la habitación. Cuando salieron Yinyüé pregunto a sus compañeros, -¿quién era esa hermosa dama, la más cercana al emperador? – se llama Chénféng que significa brisa de la mañana, es una de las concubinas favoritas del emperador, ¿es hermosa no? –pregunto el músico. Yinyüé sorprendido y avergonzado no supo que responder. El segundo músico miro con una sonrisa burlona a Yinyüé y le dijo: -no te avergüences todos nosotros al igual que tú llegamos a fantasear con falsas ilusiones, pronto se te acostumbraras, dentro de poco lo único que te importara será tu música. Ambos músicos rieron, mientras que Yinyüé avergonzado bajaba su cabeza. Yinyüé estaba preocupado, él se conocía, y nunca una mujer le había distraído, temía que esa distracción lo hiciera cometer un error fatal. –Soy un imbécil.-pensaba- nunca

me interesó una mujer y ahora vengo a interesarme en la mujer más imposible del mundo.

Yinyüé siguió tocando las daqu o canciones largas, para las actividades privadas del emperador, y cada vez se obsesionaba más por Chénféng, quien había también correspondido cierto interés demostrado por ciertas miradas disimuladas. Yinyüé había averiguado por información de sus compañeros que Chénféng frecuentaba los jardines todas las mañanas a una cierta hora, en donde ningún eunuco la asechaba posesivamente, Yinyüé fue a los hermosos jardines de palacio a la hora que le habían indicado. Busco un lugar escondido y rodeado de bambúes y se postro en el suelo a tocar el erhu. Esto le trajo recuerdos de cuando tocaba en los jardines públicos de los distritos o fang. Terminó de tocar su canción y no abrió los ojos por un momento hasta que escucho una dulce voz que le dijo – hermosa canción, debes de venir de una familia muy noble para interpretar el instrumento de esa manera. Yinyüé levanto su mirada y vio a la hermosa dama de pie frente a él, avergonzado le respondió. –se equivoca mi señora, vengo del lodo, soy un simple hijo de campesino. – Chénféng le respondió.-no te avergüences de tu origen humilde, y no te dejes engañar por esta fina seda, yo también vengo de una humilde familia de campesinos, fui concedida de niña por mis padres, como pago de tributo al emperador. –entonces tenemos algo en común. –dijo Yinyüé. – Pero no solo eso tenemos en común.-le respondió Chénféng. -Aunque no lo creas a mí también me apasiona la música al igual que a ti. Esto sorprendió enormemente a Yinyüé que preguntó inmediatamente: - y ¿acaso interpretas algún instrumento? –No –respondió algo triste. –mis padres nunca me permitieron aprender ningún tipo de arte. Decían que el deber de una mujer era únicamente crear hijos y no arte, pero tú me puedes enseñar ¿verdad?- dijo Chénféng. Yinyüé sabía que era muy arriesgado, pero no pudo negarse ante el encanto de Chénféng. Ambos comenzaron a frecuentar el mismo lugar alejado de los jardines imperiales. Pero las clases no se limitaban a los encuentros clandestinos en el bosquecillo de bambú, sino que Yinyüé le indicaba a Chénféng cuales canciones interpretaría en las actividades privadas del emperador en los que ella siempre

estaba presente, y ella observaba con atención y fascinación la técnica de su maestro.

Pronto Chénféng se convirtió en una gran intérprete del erhu, y los encuentros secretos se volvieron cada vez más frecuentes. Los eunucos no se enteraban de lo que pasaba, ya que Chénféng había solicitado esos momentos de privacidad al emperador con la excusa de poder meditar tranquila sin la molesta presencia de un eunuco que la cuidara.

Todo iba bien hasta que un día que aparentaba ser como todos los otros, el emperador solicitó la presencia de Chénféng. Todo se había sido descubierto, un eunuco traidor había seguido a la doncella y descubrió las clases de música clandestinas de Chénféng y Yinyüé.

Yinyüé despertó ese día sin sospechar nada. Se adentró en los jardines imperiales hacia el lugar secreto, pero cuando llegó no vio a Chénféng sino a él eunuco y a un grupo de guardias imperiales. Yinyüé comprendió que todo había sido descubierto y posiblemente este sería el último día de su vida.

El emperador le perdonó la vida a su concubina por ser esta una de sus favoritas, pero Yinyüé no corrió con la misma suerte, nadie intercedió por el músico, el emperador quien apreciaba las artes le dio la opción de escoger a Yinyüé, ser ejecutado, o ser enviado al norte a combatir en la Gran Muralla contra los yémán rén o bárbaros del norte que eran los turcos orientales.

Yinyüé se mostró pensativo mientras recordaba la orden de su padre de nunca abandonar el instrumento, también recordaba que se había jurado a sí mismo nunca volver a cambiar su instrumento por un arma ni su arte por la guerra, aunque su vida de ello dependiera. Yinyüé miró desafiante al emperador y le respondió con el refrán que su padre le decía cuando niño. –el hierro bueno no se utiliza para clavos, y los hombres buenos no se hacen soldados.

Corría la primavera del año 628 en la China medieval de los Tang, y el gran Yinyüé recién cumplía los treinta y cinco años, sin embargo contextura física lo

hacía aparentar más edad. Yinyüé recordó por última vez la figura de su padre Kuáisú doblado en los campos de arroz, recordaba ver sus ojos vidriosos mientras le decía,- no temas Yinyüé todo va estar bien. Recordó a su amigo Háoyú, volvió a sentir el lodo frio en sus pies, el calor del fuego de las revueltas, el aroma del vino en los clubes artísticos, recordó las historias que su padre le contaba acerca del grandioso Hsi Káng, que al igual que él, moriría por ser un músico incomprendido, recordó la hermosa sonrisa de Chénféng, cuando lograba un acorde.-qué ironía- pensó- comencé ,i vida bajo el lodo de los Sui y ahora moriré “bajo el palacio de los Tang”. Yinyue, levanto la cabeza por última vez mientras meditaba acerca de su vida y observó a un dragón volador (una libélula) sobre un pozo de agua. Observo detenidamente su vuelo, y noto que el dragón volador se quedaba suspendido en el aire por algunos segundos, como si supiera exactamente donde se encontraba y hacia donde iba, luego volaba veloz pero torpemente como si fuese el viento quien determinara su camino. Después de todo si era mi destino ser como un dragón volador- pensó.- viví a la deriva en algunas ocasiones pero tome mi propio rumbo cuando el destino me lo permitió. Esta fue una esas ocasiones en las que pudo quedarse suspendido en el aire por unos segundos antes de tomar la decisión acerca de su destino. Y allí estaba, a punto de perder la vida por su propia elección. – Ahora seguramente volveré a la deriva guiado por la voluntad de fuerzas más poderosas que las que el viento o el mismo imperio pueden ejercer sobre una vida-. Pensó Yinyüé tras un largo suspiro.

Yinyüé se encontraba atado y frente a un gran numero personas de palacio que observarían la ejecución, su corazón latía fuerte y podía sentir el viento de la primavera en su cara. Pronto el brillo reflejado en el filo de una espada imperial terminaría por acabar con una vida más. Una vida que la igual que el dragón volador vago sin rumbo en algunas ocasiones. Una vida que supo lo que fue vivir la desgracia y la aventura, que supo lo que fue vivir en dos caras distintas de la China Medieval, y que terminaría convirtiéndose en una vida más, “Una vida en los días de los Sui-Tang”

Bibliografía

- Botton, Flora. (2008) "China, su historia y su cultura hasta 1800". México, El Colegio de México.
- Franke, Herbert. (1973). "El imperio Chino". México, Editorial Siglo XXI.
- Goodrich, Carrington. (1954). "Historia del pueblo chino". México, Fondo de Cultura Económica.
- Robert, Jean-Noël. (1996). "De Roma a China". España, Editorial Herder.
- Shaughnessy, Edward. (2008). "China, el mundo chino, creencias y rituales, creación y descubrimientos". España, Editorial BLUME.